



a la sombra de José Toribio Medina

EN un almuerzo campestre —me contó cierta vez Joaquín Edwards Bello— un huaso rico se jactaba de que él también tenía en su familia un literato aficionado a escribir. “¿Quién es?”, le preguntó Joaquín. “José Toribio, pues”. “¿José Toribio, qué más?” “Medina, pues señor”.

Este aficionado a escribir, que echó al mundo centenares de volúmenes, era apenas más conocido en la ciudad que en el campo. Él mismo le refirió a Armando Donoso, atragantándose de risa, que cuando vino a Santiago su colega argentino Adolfo Carranza preguntó su dirección a un cochero y éste le condujo al domicilio de un famoso preparador de caballos de carrera.

La señora Mercedes Iñáñez de Medina se quejó un día ingenuamente ante otro visitante extranjero, Charles E. Chapman, profesor de la Universidad de Berkeley, California: “A veces quisiera que mi marido hubiese nacido en Inglaterra o en los Estados Unidos, porque allá estiman a un hombre por su trabajo, mientras que aquí, si uno no habla de su persona la gente cree que uno no vale nada, y mi marido es demasiado modesto para hacer alarde de sí mismo”.

POR EL SE SABÍA DE CHILE EN FILIPINAS

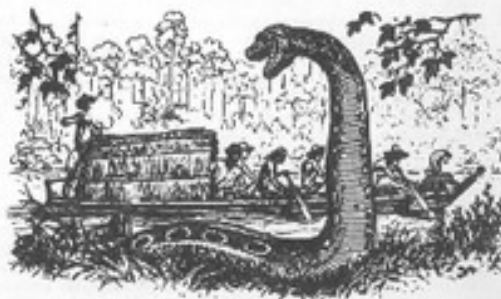
Conviengamos en que un historiador no puede alcanzar la popularidad de un as de la canción, y tengamos en cuenta que don José Toribio escribía para un público restringido, de estudiosos y bibliófilos, como que el más accesible de sus libros, *El piloto Juan Fernández*, tuvo un tiraje de doscientos ejemplares. Pero con todo, y aunque nos duela, tenemos que admitir que el primero de los historiadores hispanoamericanos era mucho más considerado fuera que dentro de su país. Acabo de mencionar a dos personalidades extranjeras que viajaron para conocerle o consultarle. Sólo él y Vicuña Mackenna, entre nuestros compatriotas, vieron sus obras completas adquiridas por el British Museum de Londres. Fue en esa ciudad, en ocasión del XVIII Congreso de Americanistas, donde el historiador Samuel Lafone y Quevedo dedicó el grueso del discurso de apertura al elogio de este chileno casi ignorado en su patria. En el libro *Chile Moderno*, el inglés W. H. Koebel afirma que es “la más grande autoridad histórica en Sudamérica”. Altamira escribió: “Será poco menos que imposible dar un paso en historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina”; y esto lo confirma el hecho de que sea citado por autores de la talla del argentino Bartolomé Mitre, del peruano Ricardo Palma, el yanqui George Millar y el español

Menéndez Pelayo. Fue este último, nada menos, quien patrocinó su ingreso a la Real Academia de la Lengua; y hay que recordar que también hubo para él un sillón en la Real Academia de la Historia y no olvidar que recibió la Gran Cruz de la Orden Civil del rey Alfonso XII. Nada de raro, por consiguiente, que al llegar la corbeta *Baquedano* a las Filipinas sus oficiales fueran colmados de atenciones en la Universidad de Santo Tomás, donde sólo sabían de Chile por los libros de Medina y donde admiraban el trabajo de benedictino de su *Imprenta en Manila*.

Medina era bajito, calvo, de perilla en punta y anteojos, parecido a Antón Chejov. Feliú cuenta que para compensar su corta estatura colocaba sobre su silla de trabajo el grueso Diccionario de la Lengua Castellana. Donoso dice que era “enérgico, seguro en sus movimientos, de fácil y fresca verba”. Fue el primer autor nacional que usó la máquina de escribir, e intentó convencer de sus ventajas a Vicuña Mackenna; tentativa frustrada en vista de que el vertiginoso colega escribía más velozmente a lápiz que con ayuda de cualquier aparato mecánico. Pese a la gran diferencia de edad, unió a don Benjamín y a su joven discípulo una amistad sin sombra de envidia ni de celos. Vaticinó Vicuña Mackenna: “Este muchacho dará que hablar un día más allá de las fronteras de Chile”. Eran dos espíritus superiores hermanados por el sacerdocio de la historia y perfectamente avenidos por sus caracteres, en los que primaban la comunicabilidad y el buen humor; por eso Vicuña contaba a Medina entre los “alojados” de rigor en su

EL AMAZONAS

Allá llegó la insuperable erudición de don José Toribio.



QUE PASA Nº 194. Stgo. 9-1-1975

703322

A la sombra de José Toribio Medina [artículo] Por Guillermo Ferrada.

AUTORÍA

Bunster, Enrique, 1912-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A la sombra de José Toribio Medina [artículo] Por Guillermo Ferrada.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile